

La primera y última vez que sintió la soledad con un adarme de miedo fue la primera noche en el internado a los 14 años. Tumbada en la cama metálica con colchón sucio de muelles que se hundían, mirando el techo bajo de su celda de dos por cuatro metros a la luz rojiza de su radio despertador digital del tamaño de un ladrillo de construcción, por primera vez en su vida el pensamiento de “estoy completamente sola” estaba matizada por el desamparo de rumiarse que había cortado los hilos de la complacencia para siempre. Ahora ya no tendría que imaginar cómo vivían otras niñas de su edad porque por fin lo viviría ella misma. Hasta ahora había estado siempre aislada de los demás, aunque dejaremos la explicación de porqué para más adelante ya que era algo incomprensible para sus nuevas compañeras.

Al llegar le sorprendieron los edificios del colegio. Se había imaginado una mansión convertida como el colegio donde había ido antes, o al menos un convento antiguo. Le habían explicado que era sumamente exclusivo, elegido después de una supuesta inspección rigurosa de toda la oferta madrileña por su tutora – una monja amiga de la familia – y ella había comprobado que tenía suficiente reputación como para provocar una actitud de servilismo entre los dependientes de los almacenes donde fue a comprar su uniformidad. Sin embargo no tenía nada de la grandeza esperada. Lo que vio era una caja alargada de tres plantas de ladrillos rojos con persianas verdes y ventanas de aluminio. Ni siquiera había un jardín. Ni siquiera había un banco en el patio de cemento que se asemejaba al de un correccional por su completa falta de cualquier pizca de verde. Ni siquiera había un solo arbusto en todo el recinto donde se permitía que circularan las alumnas.

Para más inri la pobreza de la construcción era igual dentro que por fuera. Los suelos eran de una imitación a mármol tan fina, barata y mal instalada que los tacones de las madres de las otras alumnas hacían sonar el hueco por debajo. Las paredes de su propio cuarto eran tan finas que pudo oír la conversación de despedida de su vecina. No era de extrañar que no dejaran colgar ninguna imagen en las paredes si una chincheta seguramente las atravesaría. Durante todo el día había padecido un barullo general de zapateo, griteríos, maletazos, truenos y rechines metálicas de ventanas y sillas. Ya había decidido utilizar la silla metálica como galán de noche porque sentarse en ella más de unos minutos era un suplicio. Momentáneamente abrió una pizca su propia ventana, deseando respirar algo de aire fresco, sólo para chocar con un calor angustioso y estático y tuvo que volver a cerrarla al notar que incluso magnificaba los ruidos de fondo.

La misma puerta de su cuarto era hueca por dentro y hacía un ruido para ella extraño al cerrar. No estaba segura de si era porque no encajaba bien o si era por el poco peso de la misma puerta, pero hacía un ruido que en su mente se asemejaba a los intentos de hablar de un viejo con enfisema. Pero lo que más le molestaba era la ausencia de forma alguna de cerrar con llave o prevenir la entrada a nadie. Cuando había querido deshacer su maleta tuvo que colocar el contenido de sus bolsillos encima de su cama mientras buscó una percha para colgar el abrigo, y en el medio minuto que tardó en darse la vuelta, oyó ese ruido extraño de la puerta de mierda y vio que sus 5.000 pesetas habían desaparecido. Como podía atravesar la distancia entre la cama y la puerta en un paso no tardó en salir al pasillo para mirar pero quien fuera que había sido ya había desaparecido. Así que la persona seguiría en un cuarto lindante pero no podría averiguar quién fue porque las demás entraban y salían para saludar a sus amigas de cursos anteriores. Cuando hubiera asegurado el cierre de su maleta fue y comentó el hurto con la novicia encargada de vigilar a las internas ya que ésta ocupaba un cuarto

justo a la mitad del pasillo. Sin embargo, la novicia se negó a creer que fuera posible que una de las niñas del colegio – niñas bien de las mejores familias de todo el país – pudiera o quisiera hacer semejante cosa. La novicia, que quería que las niñas le llamasen María, no le dio muy buena impresión a ésta Niña porque parecía no gustarle que le hubiera molestado y aun después de conseguir que le escuchara parecía que lo hacía con desdén y desagrado. Al principio María dijo que se lo habría imaginado, luego que seguramente el billete estaría por el suelo de su cuarto, y cuando la agredida insistió que *no*, que le habían sustraído el dinero a hurtadillas aprovechando el barullo general que reinaba para encubrir sus pasos, María le reprendió por difícil y concluyó que por su propia culpa le faltaban las 5.000 pesetas porque una no debía llevar tanto dinero encima fueran cuales fueran las circunstancias.

Después de eso, se había visto obligada a terminar de deshacer su maleta con un ojo en la puerta para guardar que nadie entrara sin su conocimiento y dejar la maleta con su cierre al alcance debajo de la cama para guardar lo poquito que tuviera que a ella le parecía ser de valor. Después de un rato se dio cuenta de que los ruidos se apaciguaban y salió para comprobar que los últimos padres partían y enseguida María pasó por el pasillo llamando a todas para bajar a la cena. Al enfilarse para bajar las escaleras hacía el comedor ella intentaba saludar a las otras niñas y así llegar a presentarse pero en vez de responderle siquiera con un “hola” le quedaban mirando como si fuera un accesorio hortera que no querían probarse. Así que decidió observar un rato y cuando hubiesen llegado abajo al salón tamaño pista de tenis se le acercaron dos para decirle que la Madre Madrona les había mandado orientarla. Entonces le contaron que se llamaban Rita y Blanca y nuestra protagonista les dijo que le podían llamar Leti. Asegurándola que eran expertas porque llevaban desde los seis años en el internado, le pusieron una bandeja para coger una loncha de jamón york y un trozo de pan antes de pasar a las mesas.

Una vez hubieran aclarado que Leti tenía una tutora monja, que se había criado fuera, que si cerraban los ojos casi no se notaba que era guiri y que ya tendrían tiempo para conocerse más a lo largo del curso; pasaron a explicarle los horarios, las reglas para ducharse y levantarse por la noche, dónde estaba permitido ir y dónde no ir, lo que había que llevarse a clase el día siguiente y la hora a la que había que bajarse al desayuno. De ellas mismas no dio tiempo para contar nada porque la cena en sí se limitaba a 30 minutos y enseguida había que subir para acostarse puesto que era el primer día y habían bajado mucho más tarde que lo normal.

Así que Leti estaba tumbada en una cama extraña en un cuarto diminuto de paredes lisas y blancas. Mañana tendría que preguntar a la novicia María si se le permitiría al menos colgar un calendario con algo de celo. Se preguntaba qué hacían las otras alumnas para colocar sus libros de texto ya que los suyos no cabían en el diminuto estante que había en la pared encima de su mesita de chapado en madera. Estuvo rumiando largo rato sobre lo que había visto y experimentado ese día. Luego cuando quiso darse la vuelta para coger la posición de sueño abrió momentáneamente los ojos para ver que el cuartito estaba repleta de una penumbra roja y se asustó tanto como si un extraño le hubiera apesado por el cuello desde atrás, despertándose del todo, antes de darse cuenta de que era la luz del radio despertador digital. Se sintió molesta por la estupidez de ese momento de miedo pero aun así la zozobra permaneció hasta que le venció el sopor.